

Una de israelíes y palestinos

Alejandro Gándara *

26 de abril de 2005. Los conflictos generales a los que estamos acostumbrados suelen ser suministrados por los medios informativos. Nos dicen lo que pasa, nos surten de imágenes y finalmente nosotros componemos una idea de cierta utilidad para movernos por casa e incluso por las inmediaciones. No obstante y, de modo bastante lógico, por otra parte, enfrentados a la realidad misma, in situ, tendemos a percibir la pobreza de aquella idea, su esquematismo y su a menudo mísera funcionalidad. No es que la realidad sea forzosa-mente distinta, es que la realidad tiende a ser otra cosa y a escurrirse de los esquemas comunicativos tanto como de las ideas claras y distintas. (Exagerando, podría deducirse que la realidad que nos resulta útil es una y la realidad real es otra, lo que explicaría el apogeo de ciertas esquizofrenias).

Viene esto al caso de la formidable novela de Abraham B. Yehoshúa, *La novia liberada* (Anagrama), donde el

conflicto palestino-israelí no es un telón de fondo, ni esas cosas que se dicen para sugerir ambientes de marketing narrativo, sino parte del tejido de la vida misma. Lo que pasa es como la vida también está hilada con otros cabos, Yehoshúa nos ofrece la totalidad de la experiencia de unos personajes que transitan por el temor y la violencia a la vez que por los amores frustrados, las relaciones con la parentela, el arribismo universitario, los raros goces sexuales de los cincuentones y, en fin, esa panoplia de sentimientos que nos hace disfrutar y padecer a diario. Está el conflicto político y está todo lo demás. Y al estar todo lo demás, resulta que uno comprende mejor el conflicto o, mejor dicho, lo vive. Y al vivirlo, desaparecen las caricaturas de buenos y malos, la digresión en plan especialista, los prejuicios y las proclamas. Es decir, lo entiende. Sin que ello signifique no tomar postura (pero las posturas se las sirve cada cual en su plato y son posteriores, o de-

bieran serlo, al hecho de entender).

Entender no es solamente un acto de razón analítica o demostrativa, es también un acto de experiencia. Está el conocimiento y está el conocimiento que nos atraviesa (sólo el último merece tal nombre). La razón, como insinuaba C. S. Lewis, no tiene por qué ser fría, ni las pasiones por qué ser calientes.

Creo que la buena literatura, y la de Yehoshúa es de las mejores, está al servicio de este conocimiento que es comprensión, que no se sirve ni frío ni caliente, que provoca la experiencia del lector y que le recuerda que los esquemas y las razones que se toman cada mañana con el café y los churros no son la realidad toda, sino sólo su lado impreso.

Para eso se escriben novelas, ya ves.

*Alejandro Gándara. Escritor, periodista.



Foto: Andrés Barbá, viaje por Israel.